

Gira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra
La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades,
Del ave y bruto guaridas,
Doquier cielo y soledades,
De Dios sólo conocidas,
Que él sólo puede sondar.

Á veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino
Y pasa; ó su *toldería* (1)
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día.....
Duerme..... tranquila reposa.....
Sigue veloz su camino.

¡ Cuántas, cuántas maravillas
Sublimes, y á par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí! ¡ Cuánto arcano
Que no es dado al vulgo ver!
La humilde hierba, el insecto,
La aura aromática y pura,
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer,

Las armonías del viento.....
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto á porfía
La vana filosofía

(1) *Toldería*: el conjunto de chozas ó el aduar del salvaje.—(Nota del autor, lo mismo que todas las que siguen.)

Pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Serenos y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo
Esparcía, misteriosa
Sombra dando á su color.

El aura, moviendo apenas
Sus alas de aroma llenas,
Entre la hierba bullía
Del campo, que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra, contemplando
Del astro rey la partida,
Callaba, manifestando,
Como en una despedida
En su semblante pesar.

Sólo á ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí ó allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
Ó las nubes contemplando,
Como extático y gozoso
El yajá (1) de cuando en cuando

(1) El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice:

Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía;
La silenciosa llanura
Fué quedando más oscura,
Más pardo el cielo, y en él
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
Á los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió.
Mientras, la noche bajando
Lenta venía. La calma
Que contempla suspirando,
Inquieta á veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano

«El *Yajá* justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón colorado, duro y fuerte con que pelea..... En su canto repite estas voces: *Yajá, yajá*, que significa en guaraní, «vamos, vamos», de donde se le impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan á repetir *yajá, yajá*, como si dijeran: «Vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas.» Los que saben esta propiedad del *yajá*, luego que oyen su canto, se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos.....»

En la provincia se llama Chajá ó Yajá indistintamente.

Sordo y confuso clamor;
Se perdió..... y luego violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoro,
Dando á los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve á hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos á buscar?

¡Oid! Ya se acerca el bando
De salvajes, atronando
Todo el campo convecino.
¡Mirad! Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma:
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz.

¿Dónde va? ¿De dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela,
Clavando al bruto la espuela,
Sin mirar al rededor?
¡Ved! Que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor.

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando:—Ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo á nuestro poder.

Ya los ranchos (1) do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,
Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
Á libertar, y como antes
Nuestras lanzas probarán.—

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;

(1) Ranchos: cabañas pajizas de nuestros campos.

Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras, la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

SEGUNDA PARTE.

El festín.

Noche es el vasto horizonte,
Noche el aire, cielo y tierra.
Parece haber apiñado
El genio de las tinieblas,
Para algún misterio inmundo
Sobre la llanura inmensa,
La lobreguez del abismo
Donde inalterable reina.

Sólo inquietos divagando,
Por entre las sombras negras,
Los espíritus foletos
Con viva luz reverberan,
Se disipan, reaparecen,
Vienen, van, brillan, se alejan.
Mientras, el insecto chilla,
Y en fachinales (1) ó cuevas
Los nocturnos animales
Con triste aullido se quejan.

La tribu aleve entretanto,
Allá en la Pampa desierta,
Donde el cristiano atrevido
Jamás estampa la huella,

(1) Llámanse así en la provincia ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza.

Ha reprimido del bruto
La estrepitosa carrera;
Y campo tiene fecundo
Al pie de una loma extensa,
Lugar hermoso, do á veces
Sus tolderías asienta.

Feliz la maloca (1) ha sido;
Rica y de estima la presa
Que arrebató á los cristianos:
Caballos, potros y yeguas,
Bienes que en su vida errante
Ella más que el oro precia;
Muchedumbre de cautivas,
Todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
Pacen la fragante hierba;
Y al lazo, algunos prendidos,
Á la pica, ó la manea,
De sus indolentes amos
El grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
Que charla ufana y hambrienta,
Atado entre cuatro lanzas
Como víctima en reserva,
Noble espíritu valiente
Mira vacilar su estrella;
Al paso que su infortunio,
Sin esperanza, lamentan,
Rememorando su hogar,
Los infantes y las hembras.

Arden ya en medio del campo
Cuatro extendidas hogueras,
Cuyas vivas llamaradas
Irradiando, colorean

(1) Maloca: lo mismo que incursión ó correría.

El tenebroso recinto
Donde la chusma hormigüea.
En torno al fuego sentados
Unos lo atizan y ceban;
Otros la jugosa carne
Al rescoldo ó llama tuestan;
Aquél come, éste destriza,
Más allá alguno degüella
Con afilado cuchillo,
La yegua al lazo sujeta;
Y á la boca de la herida,
Por donde ronca y resuella,
Y á borbollones arroja
La caliente sangre fuera,
En pie, trémula y convulsa,
Dos ó tres indios se pegan;
Como sedientos vampiros,
Sorben, chupan, saborean
La sangre, haciendo murmullo,
Y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila,
Y se desploma la yegua,
Con aplauso de las indias
Que á descuartizarla empiezan.

Arden en medio del campo,
Con viva luz, las hogueras;
Sopla el viento de la pampa,
Y el humo y las chispas vuelan.
Á la charla interrumpida,
Cuando el hambre está repleta,
Sigue el cordial regocijo,
El beberaje y la gresca,
Que apetecen los varones
Y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
En grandes vacías echan,
Y, tendidos de barriga
En derredor, la cabeza

Meten sedientos, y apuran
El apetecido néctar,
Que bien pronto los convierte
En abominables fieras.
Cuando algún indio, medio ebrio
Tenaz metiendo la lengua,
Sigue en la preciosa fuente
Y beber también no deja
Á los que aguijan furiosos;
Otro viene, de las piernas
Lo agarra, tira y arrastra,
Y en lugar suyo se espeta.
Así bebe, rie, canta,
Y al regocijo sin rienda
Se da la tribu: aquel ebrio
Se levanta, bambolea,
Á plomo cae, y gruñendo
Como animal se revuelca.
Éste chilla, algunos lloran,
Y otros á beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
La embriaguez se enseñorea,
Y hace andar en remolinos
Sus delirantes cabezas.
Empieza el bullicio entonces
Y la algazara tremenda,
El infernal alarido
Y las voces lastimeras.

Mientras, sin alivio lloran
Las cautivas miserables,
Y los ternezuelos niños,
Al ver llorar á sus madres.

Las hogueras entretanto
En la obscuridad flamean,
Y á los pintados semblantes
Y á las largas cabelleras
De aquellos indios beodos

Da su vislumbre siniestra
Colorido tan extraño,
Traza tan horrible y fea,
Que parecen del abismo
Precita, inmunda ralea,
Entregada al torpe gozo
De la sabática fiesta (1).
Todos en silencio escuchan.
Una voz entona recia
Las heroicas alabanzas,
Y los cantos de la guerra.

Guerra, guerra y exterminio
Al tiránico dominio
Del huinca (2); engañosa paz:
Devore el fuego sus ranchos;
Que en su vientre los caranchos
Ceben el pico voraz.

Oyó gritos el caudillo,
Y en su fogoso tordillo
Salió Brián;
Pocos eran, y él delante
Venía; al bruto arrogante
Dió una lanzada Quillán.

Lo cargó al punto la indiada:
Con la fulminante espada
Se alzó Brián;
Grandes sus ojos brillaron,
Y las cabezas rodaron
De Quitur y Callupán.

Echando espuma y herido,

(1) Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada á los pueblos cristianos por los judíos.

(2) Huinca: voz con que designan los indios al cristiano ú hombre que no es de su raza.

Como toro enfurecido
Se encaró;
Ceño torvo revolviendo,
Y el acero sacudiendo:
Nadie acometerle osó.

Valichu (1) estaba en su brazo;
Pero al golpe de un bolazo (2)
Cayó Brián
Como potro en la llanura:
Cebo en su cuerpo y hartura
Encontrará el gavilán.

Las armas cobarde entrega
El que vivir quiere esclavo;
Pero el indio guapo no:
Chañil cayó como bravo,
Batallando en la refriega;
De una lanzada murió.

Salió Brián airado
Blandiendo la lanza;
Con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
Del pecho clavado
En el hierro agudo,
Con brazo forzado,
Brián lo levantó.

Funeral sangriento
Ya tuvo en el llano;
Ni un solo cristiano
Con vida escapó.

(1) Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído, en el Falkner, Valichu: comúnmente se dice Gualichu.

(2) Bolas: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando, en el otro, otras tantas esferas sólidas de metal ó piedra.

¡Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte
Del indio más fuerte
Que la Pampa crió.

Quiénes su pérdida lloran,
Quiénes sus hazañas mentan,
Óyense voces confusas,
Medio articuladas quejas,
Baladros cuyo son ronco
En la llanura resuena.
De repente todos callan,
Y un sordo murmullo reina,
Semejante al de la brisa
Cuando rebulle en la selva;
Pero, gritando, algún indio
En la boca se palmea,
Y el disonante alarido
Otra vez el campo atruena.

El indeleble recuerdo
De las pasadas ofensas
Se aviva en su ánimo entonces,
Y atizando su fiereza,
Al rencor adormecido
Y á la venganza subleva.
En su mano los cuchillos,
Á la luz de las hogueras,
Llevando muerte relucen.
Se ultrajan, riñen, vocean,
Como animales feroces
Se despedazan y bregan,
Y asombradas las cautivas,
La carnicería horrenda
Miran, y á Dios en silencio
Humildes preces elevan.

Sus mujeres entretanto,
Cuya vigilancia tierna

En las horas del peligro
Siempre cautelosa vela,
Acorren luego á calmar
El frenesí que los ciega,
Ya con ruegos y palabras
De amor y eficacia llenas,
Ya interponiendo su cuerpo
Entre las armas sangrientas.

Ellos resisten y luchan,
Las desoyen y atropellan,
Lanzando injuriosos gritos;
Y los cuchillos no sueltan
Sino cuando, ya rendida
Su natural fortaleza
Á la embriaguez y al cansancio,
Dobla el cuello y cae por tierra.

Al tumulto y la matanza,
Sigue el llorar de las hembras
Por sus maridos y deudos;
Las lastimosas endechas
Á la abundancia pasada,
Á la presente miseria,
Á las víctimas queridas
De aquella noche funesta.

Pronto un profundo silencio
Hace á los lamentos tregua,
Interrumpido por ayes
De moribundos, ó quejas,
Risas, gruñir sofocado
De la embriagada torpeza;
Al espantoso ronquido
De los que durmiendo sueñan,
Los gemidos infantiles
Del ñacurutú (1) se mezclan;

(1) Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

Chillidos, aúllos tristes
Del lobo que anda á la presa.
De cadáveres, de troncos,
Miembros, sangre y osamentas,
Entremezclados con vivos,
Cubierto aquel campo queda,
Donde poco antes la tribu
Llegó alegre y tan soberbia.

La noche en tanto camina
Triste, encapotada y negra;
Y la desmayada luz
De las festivas hogueras
Sólo alumbra los estragos
De aquella bárbara fiesta.

TERCERA PARTE.

El puñal.

Yace en el campo tendida,
Cual si estuviera sin vida,
Ebria la salvaje turba,
Y ningún ruido perturba
Su sueño ó sopor mortal.
Varones y hembras mezclados,
Todos duermen sosegados:
Sólo, en vano tal vez, velan
Los que libertarse anhelan
Del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando
Los caballos, que vagando
Libres despuntan la grama:
Y á la moribunda llama
De las hogueras se ve,
Se ve sola y taciturna,
Símil á sombra nocturna,
Moverse una forma humana,